



Transición bajo amenaza

El presente régimen en su colapso muestra abiertamente su entraña corrupta. Hoy amenazan con bloquear la transición si no se permite que sacralicen "constitucionalmente" sus cochinas. La insolencia, sin embargo, ha permitido desarrollos importantes.

Finalmente casi toda la élite opositora se da cuenta de que con Fujimori no hay transición posible. El paso del Defensor del Pueblo a este punto de vista ha sido crucial al respecto. Incluso la siempre alargada delegación de la oposición a la Mesa de Diálogo le ha puesto límites y fechas al gobierno frente a las nuevas y renovadas medidas de Bustamante y compañía. Cuánto durará esta firmeza, nadie lo sabe, pero es un buen síntoma de que la oposición puede estar queriendo una transición en serio y no un baile más de tecnocracia como insinuaban algunos de los congresistas "moderados".

Pero ¿qué hay detrás de esta súbita conciencia de la élite opositora? Primero, el mitin de Toledo el día martes, presidido por la consigna ¡abajo Fujimori! Sin mitin estarían todavía cómodamente sentados escuchando todas las mentiras que el gobierno suele contarles. Y segundo, aunque no menos importante, el nuevo chantaje oficialista: una reforma constitucional que garantice amnistía para todas las tropelías del régimen.

La movilización viene y seguirá cumpliendo una labor fundamental en aislar a Fujimori y sacarlo de Palacio. Además de que contribuye a superar la distancia entre una ciudadanía que quiere una transición de a verdad y una élite que vacila a cada paso y que es vuelta al orden sólo cuando el clamor popular pasa de la invisibilidad de las encuestas a la visibilidad de la calle. Toledo aparece liderando estas movilizaciones y ello le permite seguir siendo cabeza de la oposición. Sin embargo, de esto también se habría dado cuenta el Defensor del Pueblo, que dicen acaricia el sueño de la candidatura propia, y preferiría hoy escuchar a la calle antes que a sus asesores washingtonianos.

Lo otro es el chantaje oficialista: "primero aprueben una reforma constitucional de amnistía y luego aprobaremos la ratificación de las reformas que recortan el mandato del Presidente y los congresistas", repiten con insistencia y en todos los tonos. Los voceros del gobierno han querido

vender esta amnistía como un perdón u olvido por los crímenes que los militares hubieran podido cometer durante la represión al terrorismo o lo que en su momento se llamó la "guerra sucia". Pero no es sólo un pedido militar ni se restringiría a la guerra sucia; corren los rumores de que el objetivo es amnistiar también la coima y el narcotráfico y cubrir a civiles y militares envueltos en el asunto.

Para hacer pasar la cuestión por agua tibia quieren decirnos que en otras transiciones en América Latina también se ha hecho lo mismo. Se olvidan, sin embargo, de que en ninguna parte se han amnistiado delitos comunes, peor todavía si se han cometido al amparo del poder del Estado. Y se olvidan también de que la amnistía de delitos contra los derechos humanos, sin verdad ni justicia de por medio, ha traído una pesada herencia a las posteriores democracias en la forma de amenazas constantes a su estabilidad y descrédito de la propia institución militar. Chile es suficiente ejemplo al respecto.

Con este chantaje a la transición el fujimorismo nos lleva al corazón del asunto, diciéndonos que sólo habrá democracia si

se encubre su cochina. Pero no sólo si la encubren ellos y quienes trabajen a su servicio, sino que debemos ayudarlos a encubrirla todos los peruanos, aceptando en ese solo acto que la cochina de alguna manera pertenecería a la peruaniidad entera.

Aceptar este chantaje sería castrar a cualquier transición o democracia producto de ella. Sería, en buena cuenta, aceptar el crimen como una forma regular de interacción social cuyo éxito depende nada más de la habilidad o "viveza" de quienes lo cometen y de su fuerza para conseguir amnistías, mejor si son constitucionales.

Aunque de tanto insistir en el asunto, el tiro podría salirles por la culata a los supuestos beneficiados. Tal es la debilidad del régimen y la amplitud de la demanda por la renuncia de Fujimori que la terquedad en tapar la corrupción con amnistías podría terminar en el desplome del gobierno y el desamparo de los supuestos implicados en los crímenes que hoy se pretende olvidar.

Ojalá dure el asco a la cochina fujimorista en la élite opositora y si, eventualmente, flaquea, ojalá que se los recuerde el pueblo movilizado que felizmente ya no aguanta a las pulgas de arriba.

Aceptar el chantaje sería castrar a cualquier transición o democracia producto de ella